

¿QUIEN ES, PUES, EL HOMBRE PLANETARIO?*

Por KOSTAS AXELOS

(Originalt *Qui est donc
l'homme planétaire?*,
Traducción de Angel J. Casares)

EL fin de la historia y el fin del hombre —su destino y su desaparición— proclamados a voces por Hegel, Rimbaud y Nietzsche, viven hoy sus recaídas epigonales: epistemológicas y universitarias, folletinescas y periodísticas. Este hombre, destinado al gobierno del planeta tierra, es el *hombre planetario*: el hombre global y errante sobre un astro unificado y errante.¹ Esta marcha hacia el fin del hombre, ser aniquilante, que se aniquila, aniquilado, en y por sus producciones positivas que implican la negatividad, del hombre que ya no tiene estrella cuando parte a la conquista de los astros, está llamada a durar largo tiempo, a conocer muchas muertes y renacimientos parciales, a pasar por muchas luchas en el teatro de las variedades del mundo. El hombre sigue encerrado en el círculo de la antropología y del humanismo: aún aquellos que perciben algo del destino —es decir, de la parte— planetario que nos ha correspondido permanecen aferrados, en tanto que hombres, al hombre, como si esto

* Una plena comprensión de este texto exige remitirse a los libros KOSTAS AXELOS *Vers la pensée planétaire* (trad. esp. en Monte Avila, Caracas, 1969) y *Le jeu du monde*, último publicado en francés, Editions de Minuit, Paris, 1969.

¹ Πλανητής, planeta, significa en griego: *errante*.

no pudiera todavía ser de otro modo. Es humano: aprehenden lo que aprehenden. También el llamado del *pensar planetario* permanece por ahora no oído, en un siglo que tiene otros problemas totalitarios y fragmentarios para fustigar. El hombre entrevé sin embargo cada vez más —y con una inmensa capacidad para engañarse, para rechazar y para no reconocer— su carácter errante y fragmentario: es un fragmento de la totalidad fragmentaria y fragmentada del mundo; su saber y su acción —basados comúnmente sobre una, no sólo de las contradicciones, sino también de las falsificaciones— quedan prisioneros en el juego de los segmentos del tiempo segmentario: toda teoría y toda práctica siguen en consecuencia siendo angulares, apuntando a la totalidad pero remachadas al ángulo que les corresponde. Intimidado a poner fin al problema de la y de su libertad, elegido más bien que elector —aunque no lo admita más que muy difícilmente y tienda a representarse más bien lo contrario— el hombre planetario —lo quiera o no— experimenta la verdad como una figura triunfal de la errancia, correspondiente a la errancia, sin que, sin embargo, reconozca lo que adviene. No sabe entonces qué hacer de la fascinación, de la fascinación que ejerce el hombre sobre el hombre. Concluso en tanto que *ego* y *cogito*, sujeto y reflexión —concluyendo la modernidad y generalizándola, debiendo al mismo tiempo abrirse a la casi nueva era planetaria— el hombre planetario se encuentra lanzado en el curso errante que lo conduce hacia lo *colectivo* y la *praxis*; pero la colectividad no es más que una generalización de la subjetividad y no puede resolver los problemas dejados en suspenso por ésta. Por lo demás, la *praxis* no puede cumplirse —parecería— sin pensamiento, sin pensamiento y no sin filosofía, sin reflexión o sin actividad teórica y práctica tecnocientífica —y el pensamiento queda como una mitad, en tanto está divorciado de la acción. En el seno de la unidad problemática —de la unidad *planetaria*— surge así la diferencia que entraña los problemas de la multiplicidad, de la pluralidad, de la diversidad, de la variedad. Al mundo como totalidad multidimensional y fragmentaria abierta al juego del tiempo, corresponde, sin corresponder del todo, la totalidad policéntrica y fragmentaria que es el hombre, ligado —a través de la quiebra y la apertura, la herida y la clausura— a la vida, sobre todo, a la sobre-vida de la humanidad, en el tiempo y no la eternidad, como se llama todavía elásticamente a la omnitemporalidad. Esta sobrevida temporal y temporaria, no sobrepasa la finitud del hombre y la finitud, para el hombre, de la esfera de las esferas, ella misma quebrada. Hombre y mundo planetarios cons-

tituyen como un preludio ya tocado y dejado de tocar. Siempre en el interludio, este jugador-juguete que es el hombre —el mundo tampoco es el juego de un jugador— hace una última tentativa para representarse un Dios, místico o laico, que sería el dueño del juego y escaparía a la finitud; pero este llamado de auxilio no ofrece ayuda, aunque sea tentador e intentado, tanto por el teísmo como por su sustituto ateo. Ni Dios regente del mundo y del hombre, ni el hombre, Dios grande o pequeño, pueden evitar lo inevitable: el juego de la finitud que contiene todos los juegos y su combinatoria ilimitada, aunque finita. La complementariedad de los contrarios y de los contradictorios, o considerados tales, queda siempre y de nuevo por develar interrogativamente y productivamente sin poder evitar el desgarramiento, el desgarramiento de la trayectoria del planeta que desgarrar el horizonte unitario. Sujetos y objetos, conjuntamente en marcha hacia su superación —que no evita ni fijaciones ni fluidizaciones— carecen de tierra y de cielo porque toda tierra y todo cielo se vuelven lo que son: errantes, planetarios. Nada es tan fundamental, ya que el ser mismo no es más que la otra cara de la nada, no tiene fundamento y no es fundamento él mismo. De esta suerte, todo permanece paradójal, y las paradojas opuestas están unidas por el fiel de la misma balanza. Aceptar el mundo tal como es y tal como se transforma, transformando las voluntades y los sueños de los transformadores, no es cosa fácil. Negarlo puede conducir a la formación de uno de los numerosos folklores que son parte integrante del mundo conducido hacia una unidad, no necesariamente integradora, de todo lo que es y se hace. El inacabamiento imprime su marca sobre todos los momentos y los lugares del devenir del espacio-tiempo —y todos los juegos logrados y/o malogrados quedan inconclusos en y a través de los éxitos y los fracasos de su simultaneidad o de su sucesión.

Si las preguntas y las respuestas mitológicas y teológicas y luego metafísicas e ideológicas se han debilitado —si bien perduran a través de sus cambios y bajo sus enmascaramientos—, las preguntas y las respuestas que se dicen positivas y son tecnocientíficas no son menos débiles; a la era planetaria le corresponde experimentarlo en el firme temblor de todas las bases teóricas y prácticas. Habándose revelado fragmentarios, segmentarios y angulares todos los absolutos totalitarios, la totalidad humana, queriendo apoderarse de todo, de todo lo que ella es y de todo lo que ella no es, deberá posiblemente también, en su lucha por sobrevivir, vivir a la inversa el proyecto prometeico que religa a mortales e inmortales que inter-

cambian sus rostros y sus máscaras en el curso errante del tiempo que se burla de sus protagonistas anónimos o epónimos, individuales o colectivos. La razón y el corazón de los humanos yerran planetariamente. El hombre, última y provisoria figura de lo absoluto, deberá vivir en el retorno temporal de lo mismo en tanto que difieren lo que una racionalidad conquistadora y fragmentada y una afectividad indigente y soñadora le imponen —en su juego acordado y discordante— como repetición del juego y juego de la repetición.

*

Obligado para vivir y para sobrevivir a superar su papel —insatisfactorio por otra parte— de individuo, el hombre busca una inserción en la especie, el género humano total. Pero aquí como allí, particular y universal invierten sus títulos, y de las “verdades” angulares no resulta una verdad genérica que no sea angular y fragmentaria. Lo empírico y lo que no lo es permanecen presos en el movimiento pendular que los une: dos mitades quebradas de una totalidad quebrada. En consecuencia, aun el desvelamiento y la producción de la totalidad —a través de las diversas perspectivas específicas y mediatizadoras— siguen siendo parciales y fragmentarias, desde que toda posición engendra una oposición en el seno de la más vasta composición que es, no la unidad de los contrarios, sino el mundo lleno de contrarios que se unen y se separan. Ningún coro planetario puede hacer escuchar el canto del mundo sin armonía y desarmonía, acordes y desacordes-polifónicos y atonales. Esforzándose en superar su individualidad y su subjetividad en la colectividad y la especie, el hombre no escapa sin embargo a su mutilación y a su finitud: la carrera de cada hombre, la carrera del hombre, la carrera de los hombres —la carrera de relevos— conducen hacia el mismo fin. Horas de alegría y horas de tristeza, momentos tensos y momentos relajados, dicha y desdicha, se combinan, alternan, se mezclan en el curso de esta empresa, incapaces de circundar lo incircundable. Ningún lenguaje, ninguna semántica están en condiciones de realizar la asunción del hombre planetario, y los diversos juicios —ontológicos, lógicos, morales, jurídicos, históricos y políticos— se formulan ante un tribunal que aunque oneroso, brilla por su ausencia. El hombre planetario, aunque no sepa y no pueda decir que es, lo que él es y lo que él no es —dirigiéndose casi hacia la abolición de estas cuestiones en exceso perturbadoras—, comienza a comprender la inmensidad de su papel mundial y genérico, la in-

mensidad de sus tareas, y habrá de comprender y conocer la inmensidad de su hastío y de su finitud. Tiene necesidad, para continuar su camino, de oír cantar canciones alegres y optimistas por los niños del coro —las voces pesimistas y tristes no dejan de elevarse también— y los que se preocupan por la cuestión planteada a y por el hombre planetario permanecen todavía con frecuencia encerrados en la combinatoria estrecha de las categorías tradicionales y de los aires antiguos. ¿Quién es pues el *hombre planetario* que ya ha sobrepasado en alguna forma el *pensar planetario*, anticipado sin embargo, por este pensar? ¿Cómo responder a esta pregunta desde que el llamado de y hacia el pensar planetario sigue siendo no escuchado? Este llamado permanece no captado, los signos ya emitidos en su dirección no son registrados por la actualidad o se hacen traducir enseguida en el lenguaje trivial y sofisticado corriente; también se sigue hablando sobre el lenguaje y la semántica —¿de quién? ¿de qué?— y sobre la problemática antiguamente moderna del hombre socializado, que desplaza los centros de interés hacia el tercer mundo, como si éste pudiera engendrar de nuevo, cuando no puede sino intentar reapropiarse la modernidad capital-socialista. Marxismo escolástico o barroco y renovado, existencialismo sin aliento, estructuralismo taxonómico e imperialista y diversos neocientificismos ocupan el proscenio de la escena visible para los especialistas y para el público, y refieren todas las nuevas preguntas a sus universos ya antiguos. Técnicas de investigación, visiones del mundo e ideologías dominantes producen resultados que parecen como importantes en los países industrialmente avanzados y llaman la atención de los países subdesarrollados hacia los cuales son exportados. Sin embargo, ellos bloquean lo que las sobrepasa y lo condenan o lo pasan por alto con el pretexto de que es algo desmesurado. En el seno de sus convenciones es rechazado como inconveniente todo aquello que no les conviene. Así le imponen, no sus secretos, sino los de la época que rechaza y reniega de todo lo que le es inaceptable.

*

La trayectoria del hombre planetario obediente y desobediente al pensar planetario del juego del mundo es y será lenta, agotadora: tiene muchas cosas que agotar hasta que ella misma se agote. Lo que es captado por el pensar no puede volverse efectivo más que muy lentamente, con la ayuda de muchos juegos sangrientos, útiles y/o

fútiles. El hombre planetario, “genérico” y mundial es alguna “cosa” que no sabe ya lo que es el hombre, y menos todavía en qué él es planetario; aparte de esto su saber y acción lo lanzan —a él, instrumento de la *técnica planetaria*— a la conquista teórica y a los procedimientos de transformación práctica de sí mismo y del resto. No sin razón, y sin embargo con una innegable ingenuidad, se piensa a menudo que después de la etapa hombre en el orden de los entes sobrevendrá la era de las máquinas. Se sueña con computadoras que realizarían el trabajo “objetivo”, general, colectivo, universal, planetario, teniendo en cuenta innumerables datos “subjetivos”, personales, individuales, particulares (y no menos errantes). ¿Ocurrirá acaso que los juguetes de la técnica planetaria, las máquinas y las supermáquinas, llegarán a plantear, a resolver o a eliminar la pregunta: *¿quién es el hombre planetario?*, pregunta de la que son ellas juguetes y que es su juguete? La simple y compleja globalización de todo lo que tiene lugar en el tiempo sobre y en torno del planeta tierra, la medida y el cálculo de la trayectoria de este planeta “habitado” ya que no “morado” por los humanos, ¿podrán clausurar o liquidar el problema planteado a y por el hombre —a través de él: todo lo que es aparece y es en tanto que tal a y para el hombre— a través de él —y sin embargo el hombre es una carencia de ser?

*

Derrumbados los antiguos absolutos —*logos o physis*, Dios o el hombre, la sociedad (y bien pronto el andamiaje técnico) —¿habrá lugar para un otro y nuevo absoluto? “Nuevos” absolutos intentan reemplazar los antiguos, los reducen a artículos comerciables —en una era que a la vez relativiza los absolutos y queda dependiente de ellos—, invaden el mercado mundial, circulan en piezas usuales y usadas, totalizadoras y sin embargo desprendidas —del todo y del resto: ellos se ofrecen a la producción y a la consunción del hombre transformado, en tanto que ser policéntrico y multilateral, que vive su vida sobre diversos planos, principalmente en hombre unidimensional gracias a la técnica que reduce sus conquistas y sus satisfacciones al ciclo: producción —consunción. Todo absoluto permanece rehusado tanto al hombre —en el mundo de las relaciones y de las complementariedades— como al mundo —tal como se manifiesta y se oculta al hombre— y no puede tampoco existir para sí. El absoluto, ¿podría ser el juego del mundo mismo? ¿Ab-soluto

de qué?² El juego del mundo permanece diferente de los juegos en el mundo pero, no obstante único, no es por ello absoluto, si acaso “es”.

¿Quién es pues el hombre planetario, héroe ni idílico ni heroico, sino civil y burgués, socialista y socio de la *era planetaria* que culminando la modernidad deja abierta la pregunta: produce ella al mismo tiempo algo nuevo, y de qué naturaleza es lo que ella crea? ¿Es el hombre de todas partes y de ninguna parte, de nunca y de siempre? ¿Se abre, en su errancia, al espacio y permanece cerrado al problema del tiempo? ¿Y en qué se transforma? ¿Es o se transforma en el que será apto o inapto para jugar a su autocrítica, para dar lugar a los argumentos contrarios? Pero los argumentos no constituyen pensamientos, ni para los individuos ni para los pueblos. ¿Unificará el hombre planetario los cortes, los profundizará o caerá dentro de ellos? Pasando de lo individual a lo histórico-mundial —en la perspectiva problemática del fin del hombre y de la historia— ¿sabrán él —siquiera aproximadamente— de dónde viene, quién es, hacia qué va, o superará, con algún arrojo, estos problemas? ¿Será él aquél a través de quien pueda abolirse la pregunta sobre la diferencia entre el hombre y el mundo en la indiferencia generalizada, elevada o no a un nivel “superior”? ¿Aquél para quién no importa ya la vida, sino la sobrevida? Este hombre planetario, interrogado más que interrogante, ¿será pues aquél que haga, aquél que clausure la pregunta y su propia pregunta? ¿Y aquél que sobrepase la clausura?

² *Ab-soluto*: ab-suelto. El juego lingüístico es aquí singularmente significativo: ab-soluto —que designa lo contrario a relativo, es, él mismo, un concepto relativo. (N. del T.)